

luego, en el Capitolio, un museo de antigüedades, que fué la primera colección de este género que hubo en Italia y generalmente en Europa. Dicha colección constaba principalmente de grandes bronce, y se aumentó en tiempo de Inocencio VIII con obras de bronce nuevamente halladas, y la testa colosal del Emperador Cómodo (1). Por lo demás, parece que, al principio, el ejemplo de Sixto IV no despertó muchos imitadores, y sólo á fines del siglo se hizo más vivo el interés por las esculturas antiguas (2).

Fervoroso coleccionador de ellas fué principalmente el cardenal Juliano della Róvere, el cual, probablemente en tiempo de Inocencio VIII, adquirió una estatua de Apolo nuevamente hallada. La magnífica figura del dios se colocó en el jardín cabe á San Pedro ad Víncula (3), excitó en los círculos artísticos un verdadero entusiasmo, y su celebridad se extendió rápidamente por todo el mundo (4).

Después de su elevación á la Silla de San Pedro, el feliz poseedor de aquella admirable escultura la hizo trasladar al Vaticano, donde se había dispuesto en el Cortile del Belvedere una colección de obras maestras de la Antigüedad. El citado patio, de unos 32 metros en cuadro, se convirtió en jardín, donde en medio de naranjos y fuentes murmurantes, se expusieron en hornacinas semicirculares construídas por Bramante, el Apolo, el resto de un grupo de luchadores (Hércules levantando de la tierra á Anteo) y la Venus felix (5).

(1) Cf. nuestras indicaciones, vol. IV, p. 440 y Michaelis en las Mittheil. d. kaiserl. deutschen archäol. Instituts, VI, 11 s.

(2) Michaelis, Statuenhof, 9 s.

(3) No junto á los SS. Apóstoles, como se indica ordinariamente en todas partes; v. Michaelis, 10-11.

(4) Puede verse un diseño de este Apolo en el álbum de un artista italiano del último decenio del siglo xv, que ahora se halla en el Escorial; v. Müntz, Antiquités, 161. Dürer utilizó, sin duda, un dibujo semejante para su Apolo con el disco del sol (obra anterior á 1504); v. Wickhoff en las Mittheil. d. Instituts, I, 422. Thode, Die Antiken 2. Michaelis, 11. En la relación del embajador veneciano de 1523, publicada por Alberi, Serie 2, III, 114, se habla del Apolo famoso nel mondo.

(5) Michaelis, 13 s. Michaelis trae el más antiguo inventario del *Antiquario* de Julio II, según el opúsculo de Albertini, que salió á luz en 1510. Pero aquí (ed. Schmarsow, 39) se dice, sólo de Laocoonte, que ha sido expuesto en el Belvedere; mientras que de Apolo y de Venus no más se dice, que el Papa los ha hecho trasladar al Vaticano. Ahora bien, el embajador de Mantua notifica en 12 de Julio de 1511 (Luzio, F. Gonzaga, 21: Il Papa ha fatto conzar in Belveder un Apollo, et giudicato non manco bello di Laocoonte. Por tanto, no es

A estas obras de mármol se añadió otra magnífica nuevamente descubierta, que relegó á segundo término, en el concepto de los contemporáneos, todo cuanto hasta entonces se conocía. A 14 de Enero de 1506, en la viña del romano Félix de Freddi, y no lejos del castillo de agua de Sette Sale, en las ruinas de las llamadas Termas de Tito (1), que en el tiempo siguiente resultaron ser un verdadero tesoro de antigüedades, se descubrió el grupo de Laocoonte. El exquisito gusto artístico del Papa hizo que se afanara en seguida por adquirir la obra, enviando al lugar del hallazgo á Juliano da Sangallo, á quien acompañaron Miguel Angel y Francisco, hijo de Juliano, niño entonces de nueve años. Este último refiere: «Nos pusimos en camino los tres, cabalgando y llevándome mi padre á la grupa. Cuando descendimos al lugar donde yacía la estatua, dijo en seguida mi padre: «Este es el Laocoonte de que habla Plinio». Entonces se ensanchó la abertura, de suerte que se pudo sacar la estatua» (2).

No faltaron aficionados que quisieron comprarla; pero fueron vencidos por el Papa. A 23 de Marzo de 1506, pocas semanas después de haber colocado la primera piedra de la iglesia de San Pedro, adquirió aquella obra de arte, concediendo como indemnización, al que la halló y á su hijo Federico, por todo el tiempo de su vida, la recaudación del portazgo de la Puerta San Giovanni, que tributaba, probablemente, una renta anual de 600 ducados de oro (3).

El Laocoonte mereció un sitio de honor en una hornacina del Belvedere, y llenó el ánimo de todas las personas instruídas de Roma de un casi exagerado entusiasmo. El grupo parecía «como

enteramente cierto, que las tres estatuas mencionadas en el texto fuesen expuestas las primeras en el Belvedere, y posteriormente el Laocoonte; precisamente lo contrario puede ser muy posible. Quizá nuevas relaciones de embajadores esclarecerán más este punto.

(1) Según la opinión ciertamente exacta del profesor Lanciani de Roma, las ruinas designadas hasta ahora con el nombre de Termas de Tito, que se ven en la vertiente sudoeste del Esquilino, proceden de las Termas de Trajano, mientras que las verdaderas termas de Tito (que se hallan muy cerca del Coliseo) no fueron descubiertas hasta la primavera de 1895.

(2) Fea, Miscell., I, 329 sqq. Michaelis, 16, nota 36, ha reunido todos los otros testimonios más antiguos sobre el hallazgo del Laocoonte. Cf. Giorn. stor. d. Lett. ital., XI, 209 s. Sittl, Stud. üb. d. Laokoongruppe (Wurzburg, 1895) y Helbig, I, 87 s.

(3) Marini, Iscriz. Albane, 11, nota 2. Bull. d. Ist. arch. 1867, p. 190 s. Naumanns Archiv, XIII, 108. Michaelis, 17, Anm., 40.

la resurrección corpórea del mundo antiguo, y una inestimable muestra de su vida»; el Apolo y el Laocoonte fueron desde entonces las obras más admiradas y populares (1).

Mientras los poetas cortesanos de la época, Sadoletto, Hércules Strozza, Fausto Capodiferro, Angelo Colocci y otros, celebraban con entusiastas versos la maravillosa escultura nueva-mente hallada, ejercía ésta un importante influjo en los artistas contemporáneos. El cuadro del castigo de Amán, pintado por Miguel Angel en el techo de la Capilla Sixtina, se compuso sin duda bajo la poderosa impresión del grupo de Laocoonte (2). En el cuadro del Parnaso, de Rafael, en la Cámara de la Signatura, la testa de Homero recuerda la de Laocoonte, así como se imitan también, en otras figuras del mismo fresco, antiguos modelos (3). Bramante hizo que varios escultores ejecutaran en cera copias del Laocoonte, para mandar hacer por medio de ellas un modelo de bronce; y cometió á Rafael el juicio de aquel artístico certamen. El maestro se decidió por la obra del joven Jacobo Sansovino. Federico Gonzaga quiso poseer una reproducción del Laocoonte de manos del célebre aurífice Caradosso. Finalmente, se hizo también una primera tentativa de estudio anticuario; es á saber: tratando de poner en claro la exactitud de lo que dice Plinio, que el grupo de Laocoonte se había labrado de una sola pieza de mármol. Cometiéndose el examen de este punto á Miguel Angel y Cristóbal Romano, los primeros escultores de Roma, y ellos demostraron que el grupo consta de varios fragmentos y señalaron cuatro suturas, las cuales están, sin embargo, tan artificiosamente encubiertas, que hacen que el error de Plinio parezca perdonable (4).

No produjo menor impresión el hallazgo de otro segundo grupo antiguo en el Campo di Fiore, en Mayo de 1507; es á saber: el de Hércules con el pequeño Telefo en los brazos. Apenas se hubo descubierto esta obra, cuando la adquirió el Papa, el cual

(1) Gregorovius, VIII^o, 136. Cf. Luzio, F. Gonzaga, 21. Klaczko, 115 s.

(2) Cf. Janitscheks Repertorium, III, 54 s.; XIII, 146. Arch. st. dell' Arte, II, 100. Nolhac, Bibl. de F. Orsini, 254. Michaelis, 17 s. Grimm, I^o, 277, duda que el brazo rodeado de serpientes, que se ve actualmente al lado de la estatua, proceda de Miguel Angel.

(3) La Caliope, por ejemplo, es imitación de la estatua de Cleopatra-Ariadna. Müntz, Raphael, 594. Cf. también abajo, cap. 10.

(4) Grimm, I^o, 276. Michaelis, 18. Arch. st. dell' Arte, I, 148. Luzio, F. Gonzaga, 40 s.

hizo colocarla á la entrada de su museo de estatuas y añadir una inscripción, en la que se prohibía la entrada á todos los que no fueran inteligentes en las artes antiguas (*Procul este profani*). (1)

En el tiempo siguiente todavía se aumentó la colección del Belvedere con el llamado Tigris, y la figura yacente de Ariadna, que se tomó por Cleopatra, y fué como tal celebrada en versos por Capodiferro y Castiglione (2). Finalmente á estos hallazgos se añadió, en Enero de 1512, la tan conocida estatua del Tiber, que se encontró junto á la Minerva (3). Estas esculturas de mármol se colocaron sobre parteras fuentes y sarcófagos adornados de relieves; y todo el conjunto, con la fragante plantación de naranjos en medio, producía, no tanto la impresión de un museo, cuanto la de un delicioso lugar de recreación. En la parte occidental había probablemente una aula sombreada, donde estaba la principal fuente. Se cree haber estado allí el Hermes, que se halla en la actualidad en los Uffici de Florencia, y un sarcófago de Meleander (4). Con la belleza de las obras de arte, emulaba la indescriptible perspectiva que se disfruta desde la parte oriental: con arrobamiento se extendía allí la vista sobre la inmensa Ciudad con sus iglesias, monasterios, palacios y torres, la melancólica Campaña, y la corona de montes enrojecidos por el sol al hundirse en el ocaso. Los contemporáneos juzgaban que, desde los tiempos

(1) Albertini, ed. Schmarsow 39. Cf. Michaelis 18, quien sólo conoce esta relación del hallazgo. Pero existe otra más exacta en una carta de Jorge de Negroponto, fechada en Roma á 19 de Mayo de 1507, la cual vi en el *Archivio Gonzaga de Mantua*, y que ahora ha sido publicada por Luzio, Lettere inedite di Fra Sabba da Castiglione 6, nota.

(2) Michaelis 18 s. Helbig I, 130. Las poesías de Capodiferro se hallan en Janitscheks Repert. III, 55. Los hexámetros de Castiglione se leen aún hoy día junto á la estatua.

(3) Sobre el descubrimiento del Tiberinus, cf. las relaciones del embajador de Mantua, citadas por Bertolotti, *Artisti in relazione coi Gonzaga* (Modena 1885) 70 y por Luzio, F. Gonzaga 30-32, las cuales muestran que es falsa la suposición de Michaelis, de que la estatua del Tiber (que ahora está en el Louvre) no fué descubierta hasta el reinado de León X (esto lo supone también Gregorovius VIII^o, 139).

(4) Michaelis 23; cf. ibid. 9, la planta del patio de las estatuas del Belvedere, trazada según los datos de Letaronilly, *Le Vatican, Cour du D. Belvédère* tabla 1; cf. también Klaczko 170 s. Lutero, que en general no tenía ni interés, ni inteligencia por toda la magnífica vida artística de la Roma de Julio II, en su escrito «A los nobles» habla del Belvedere sólo como de un despilfarro injustificable de los dineros de la cristiandad. Hausrath 70.

de la Antigüedad clásica, nunca se había escogitado un sitio más hermoso.

Así como cada nuevo descubrimiento de antigüedades espoleaba el fervor coleccionista, éste á su vez estimulaba el afán de hacer excavaciones en Roma y en la Campaña (1). La demanda de antigüedades aumentaba de suerte, que ya se hacía observar entonces la gran dificultad de adquirirlas. «Tan luego como se encontraba una cosa notable, escribía desde Roma Jorge de Negroponto en el año de 1507, se presentaba un sorprendente número de aficionados.» De aquel mismo escrito se colige, que ya se hacía también un gran comercio de hermosas medallas antiguas, cuyo precio unas veces subía y otras bajaba (2). Muchas antigüedades iban pasando, ya desde hacía mucho tiempo, á manos de aficionados extranjeros (3); y á principios del siglo XVI no era menos viva la demanda de ellas por parte de los extranjeros establecidos en Roma. No sólo cardenales, como Riario, Caraffa, Galeotto della Róvere, y sobre todo Juan de' Médici, andaban en competencia con Julio II para adquirir obras antiguas, sino también comerciantes ricos, como Agustín Chigi; curiales, como el alemán Goritz, y finalmente, los nobles romanos, llenaban sus palacios de antigüedades. Colocaban en los jardines y zaguanes, y se empotraban en las paredes, y en la caja de las escaleras, inscripciones y aun esculturas, hermosa costumbre que todavía dura en la Ciudad Eterna (4).

Con la creación del Museo Vaticano inició Julio II la fundación de la más copiosa y magnífica colección de antigüedades del mun-

(1) Cf. Müntz, *Antiquités* 53. En el año 1506, Julio II dió permiso para hacer excavaciones junto á S. Nicolás in Carcere; v. *Bullet. d. corrisp. archéol.* 1867, p. 191. Por lo que toca á la disposición de la curia apostólica, respecto de las excavaciones, v. *Arch. st. ital.* 5 Serie XXI, 450. El ardor por los descubrimientos no tardó ciertamente en provocar la manía de tener fama de descubridor y en dar lugar con eso á muchas falsificaciones. Sobre el dominico Tito Annio de Viterbo, v. más arriba p. 103; hasta el director de la Academia romana, Pomponio Leto, admitió en su colección muchas inscripciones por él libremente inventadas; v. J. Müller, *Alte und neue Fälschungen*, en la *Allg. Zeitung*, 1891, n.º 111, Supl. de 14 de Mayo.

(2) Luzio, *Lettere inedite di Fra Sabba da Castiglione* 5-6, nota. Cf. también *Arch. stor. dell' Arte* I, 148.

(3) Sobre la exportación de las antigüedades, además de los trabajos inexactos de Bertolotti, cf. sobre todo la valiosa obra de Müntz, *Antiquités* 54 s.

(4) Gregorovius VIII, 140 s. Cf. Müntz, *Raphael* 590 s.; *Hist. de l'Art* II, 105 s.; Schöner 127; Burckhardt, *Beiträge* 336 s.; y Klaczko 158 ss.

do, y al propio tiempo dió nuevo impulso á la investigación y conocimiento de la Antigüedad, y proporcionó hermosos dechados y modelos á los escultores contemporáneos. El mismo Papa trabajaba también directamente para comunicar nueva vida á la escultura, ocupando á los maestros más eminentes, y en su servicio entraron Cristóbal Romano (1), Andrés Sansovino y Miguel Angel. De las obras que Julio II encargó al mayor de los escultores que ha habido desde los tiempos antiguos, hablaremos todavía en particular (2). Andrés Sansovino, que estaba en Roma desde 1504 (3), recibió el encargo de construir dos grandes sepulcros de mármol en la iglesia predilecta de los Róvere, Santa María del Popolo, para los cardenales Ascanio Sforza y Jerónimo Basso della Róvere. En 1509 estaban terminadas las dos obras, en cuya disposición siguió el maestro la forma tradicional, pero trazando la composición libremente y distribuyéndola de una manera más grandiosa y clara. En una hornacina abierta en la pared, que se levanta á manera de arco triunfal, yace en reposada paz, sobre un sarcófago, la figura del difunto; sobre él una Madonna, y encima de todo Dios Padre (4).

En el año de 1512, labró Sansovino, para la iglesia de San Agustín, por encargo del prelado alemán Goritz, que reunía en su casa á los primeros artistas y literatos de la Roma de entonces, el grupo de la Madonna sentada con el Niño y Santa Ana, «uno de los más bellos grupos libres del arte nuevo», eminente sobre todo por la intimidad y ternura de la expresión, así como por el modo acertado de caracterizar las tres edades de la vida (5).

(1) Qué trabajos fueron encomendados á Cristóforo, hasta ahora no está averiguado. Sólo se sabe que el Papa le encargó compusiese una medalla con su efigie. Esta medalla pertenece al año 1506; v. *Arch. stor. dell' Arte* I, 149.

(2) V. el capítulo siguiente.

(3) Schönfeld, *Sansovino* 14.

(4) Lübke, *Geschichte der Plastik* 694. Schönfeld, *Sansovino* 14 s. *Semper-Barth, Bildhauerarchitekten d. Renaiss.* (Dresden 1880) 11 s. y tablas 14 y 15. Letarouilly, *Edifices* III, pl. 239-242. Steinmann, *Rom* 116 s. Klaczko 133 s. Según v. Geymüller, 84, el sepulcro de A. Sforza deja ver la influencia de Bramante; hasta quizá sea de él el dibujo para la composición arquitectónica de todo su conjunto. El epitafio de Ascanio se halla, entre otros autores, en Vairani II, 116 sq. Julio II declara su intención de levantar un sepulcro á Ascanio, en un *breve, dirigido á Gundisalvo Fernandi duci Terrenove, con fecha 12 de Junio de 1505. *Lib. brev. 22, f. 327. *Archivo secreto pontificio*.

(5) Cf. Reumont, III, 2, 385. Lübke loc. cit. 695. Schönfeld, *Sansovino* 21 s. Sobre Andrea Galletti, ocupado por Julio II, v. el n.º 86 del apéndice.

La admiración por la actividad de Julio II aumenta, cuando se consideran, además de las ya mencionadas obras, las otras con que fué adornada la ciudad de Roma. Grandes planes llenaban el ánimo del Papa, en particular respecto al mejoramiento de las vías existentes, y construcción y ornato de otras nuevas; en lo cual tomó por punto de partida, así los proyectos de su tío Sixto IV, como los de Alejandro VI. En Abril de 1505 se resolvió poner en perfección la Vía Alessandrina, y el Papa, los cardenales y empleados de la Curia, y el hospital de S. Spirito, contribuyeron á los gastos (1). También fueron embellecidas por Julio II otras calles, como el camino de Letrán y las calles de San Celso y Santa Lucía, y varias plazas (2). Entre las nuevas calles que determinan todavía actualmente el plano de la Ciudad, la Vía Giulia conserva hasta hoy el nombre de aquel Pontífice. Comenzando en el Ponte Sisto, corre en línea recta hacia poniente, hasta alcanzar el Tíber en la proximidad de las ruinas del antiguo puente triunfal, el cual se trataba de restablecer (el pueblo lo designaba ya con el nombre de puente Julio) (3), abriendo con esto un nuevo y hermoso camino hacia San Pedro. La Vía Giulia era la más espaciosa calle de la Ciudad, y había de ser también la más hermosa; y aún se percibe esto en aquella vía, actualmente poco concurrida, de la cual se desvió posteriormente el centro del tráfico. En la parte del río, entre las iglesias de San Biagio y del Suffragio, se notan todavía los principios del piso inferior de una grandiosa construcción, hecha de enormes sillares, la cual, según los planes del Papa, estaba destinada á contener los diferentes tribunales y oficinas notariales de la Ciudad, incluyendo una magnífica capilla. El grandioso edificio había de estar flanqueado por cuatro torres en sus ángulos, y tener en medio, sobre la puerta principal, otra torre de mucho mayor altura. De haberse terminado aquel «Palacio Juliano»,

(1) 28 de Abril de 1505. R^{ms} D. Card. S. Georgii fecit verbum de via Alessandrina ut sterna posset et fuit conclusum quod S. D. N. et collegium rev. dominor. cardinalium solverent 600 ducatos et oficiales 800 et hospitale S. Spiritus cum ecclesia S. Petri solverent 100 ducatos. Acta consist. f. 12, existentes en el Cod. T, 8, 12 de la *Biblioteca Angelica de Roma*. Ciaconius trae este apuntamiento ex antiquis Ms. Vatic. con la fecha de 28 de Agosto de 1505. En los extractos de las Acta consist., publicados por Contelorius, se indica el 26 de Abril. Arm. 37, T. 40, f. 296. *Archivo secreto pontificio*.

(2) Albertini, ed. Schmarsow 42 s. Vogelstein 3.

(3) Albertini, ed. Schmarsow 50.

hubiera sido, después de San Pedro y el Vaticano, la más interesante y grandiosa de las construcciones de Bramante. Aquellos sillares de piedra de Tívoli, que no tienen igual en toda Roma, indican las grandes proporciones del edificio proyectado (1).

También embelleció Julio II el barrio adyacente á la Vía Julia hacia el puente de Sant-Ángelo, el cual se había levantado ya extraordinariamente en tiempo de Sixto IV. La iglesia de San Celso se elevaba allí ricamente adornada, y en sus cercanías se edificó la nueva casa de la moneda, en la cual, desde 1508, se acuñaron escudos de oro y plata con el nombre de julos (2). También estaba en aquella parte de la Ciudad la casa de banca de Agustín Chigi, no menos poderoso por sus riquezas, que inteligente en las artes, el cual tuvo tan estrechas relaciones con el Papa, cuyo consejero era en materias de hacienda, que Julio II le recibió en la familia Róvere (3). En el palacio de la Cancillería, perteneciente en otro tiempo á Rodrigo de Borja, habitaba Galeotto della Róvere. Los ediles Domenico Máximo y Jerónimo Pico, mandaron poner, en el año de 1512, una inscripción compuesta en estilo lapidario y grabada en una tabla de mármol, ensalzando las grandes obras llevadas al cabo por el Papa: «A honra del Papa Julio II, quien, después de amplificar el poderío de la Santa Iglesia Romana, y libertar á Italia, ha adornado la ciudad de Roma, que más parecía una ciudad conquistada, que convenientemente distribuída; abriendo y restaurando las calles como corresponde á la grandeza del Imperio.» También la orilla derecha del Tíber, entre la Ciudad leonina y el Trastevere, recibió nueva forma con la rectificación de la Lungara. Esta calle debía continuar á lo largo del Tíber hasta Ripa Grande; pero la Lungara, destinada á formar pareja con la magnífica Vía Julia, sólo se fué animando lentamente. Al fin de ella, los Riarri

(1) V. Egidio de Viterbo citado por Gregorovius VIII³, 117; en el apéndice n.º 131, las palabras de Cornelius de Fine (*Biblioteca nacional de París*). Cf. v. Geymüller 87. *Zeitschr. f. bild. Kunst* 1878, p. 244. Albertini, ed. Schmarsow 41, 22. Reumont III, 2, 376. 451. Arch. stor. d. Soc. Rom. I, 147. Kłaczko 163.

(2) Albertini 49. Gregorovius VIII³, 117.

(3) Sobre A. Chigi, del cual volveremos á hablar todavía en el tomo siguiente, cf. Cugnoni en el Arch. stor. d. Soc. Rom. II. 37 s., 209 s. (especialmente en la pág. 224, donde se enumeran los privilegios concedidos por Julio II), 475 s.; III, 213 s., 291 s., 422 s.; IV, 56 s., 195 s.; VI, 139 s., 497 s. Reumont III, 1, 441 s. y 2, 398 s. Gregorovius VIII³, 118 s. Luzio, F. Gonzaga 24 s. y Ehrenberg I, 309 s.

y el cardenal Farnese, poseían huertos y casas de campo; y en tiempo de Julio II se levantó allí la magnífica villa de Agustín Chigi, la Farnesina, que ha alcanzado una celebridad universal por su decoración pictórica (1).

Entre las iglesias romanas á las cuales dirigió Julio II su solicitud, menciona Albertini: Santa María la Mayor, San Pedro ad Víncula, San Biagio della Pagnotta, los SS. Apóstoles y Santa María del Popolo (2). Atendida la íntima adhesión de Julio II á las tradiciones de Sixto IV, de suyo se entiende que tuvo principalmente cuenta con el último templo mencionado, el cual era la iglesia predilecta de los Róvere. La capilla del coro de Santa María del Popolo fué ensanchada por Bramante (3), y sus ventanales adornados con vidrieras de colores, obra de artistas franceses. Éstos fueron Maese Claudio, cuyo nombre de familia no es conocido, y el dominico Guillermo de Marcillat. Estos mismos artistas adornaron por semejante manera la sala regia situada delante de la Capilla Sixtina, y los aposentos pontificios del Vaticano, y recibieron del Papa generosa recompensa (4). El coro de Santa María, donde se colocaron también los ya mencionados sepulcros de los cardenales Basso y Sforza, recibió además otro magnífico adorno con los frescos de Pinturicchio, ejecutados probablemente por encargo del Papa en el año de 1505. La ejemplar variedad y gradación de los colores alcanzada allí por el maestro, sobrepujan á todo lo que el mismo había producido en Sena. En medio de la techumbre, se abre un rompimiento, donde aparece como una visión, sobre el azul del cielo, la coronación de María rodeada de una radiante gloria de querubes. Á esto se juntan, en la dirección de los dos ejes principales de este cuadro central, cuatro aberturas circulares, con las figuras de medio cuerpo de los Evangelistas; y en la dirección de los ejes secundarios, otros tantos espacios cuadrados y enlazados arquitectónicamente, con las figuras yacentes de las sibilas, cuyos colores se destacan sobre un dorado fondo de mosaico. Los espacios intermedios están adornados con pinturas grotescas de variados matices sobre fon-

(1) Reumont, III, 2, 451. Gregorovius, VIII³, 117 s. Sobre la Farnesina daremos pormenores en el tomo siguiente de esta obra.

(2) Albertini, 6 s. Sobre la iglesia de los SS. Apóstoles, v. en el apéndice n.º 97 el breve de 11 de Diciembre de 1507. *Archivo secreto pontificio*.

(3) Müntz en la *Gaz. des beaux arts*, 1879, p. 366. V. v. Geymüller, 85.

(4) Reumont, III, 2, 393, 856.

do obscuro, mientras el claro gris de piedra de los marcos indica las firmes líneas de la arquitectura. En los cuatro ángulos están las figuras de los Padres de la Iglesia, cuyos mantos dan los tonos fundamentales de aquel «milagro del colorido»: rojo, azul, verde y oro (1). La predilección del Papa por Santa María del Popolo influyó probablemente en que Agustín Chigi se mandara construir allí una capilla sepulcral, que no se terminó, sin embargo, hasta la época de León X. Julio II había poseído, siendo cardenal, una modesta habitación, parecida á un monasterio, junto á San Pedro ad Víncula; mas cuando Papa, mandó construir un palacio al lado de aquella iglesia (2). También embelleció Julio II la villa Magliana, en cuyo empeño le siguió el cardenal Alidosi, persona muy inteligente en el arte (3).

Fuera de Roma, lo primero que el belicoso Papa hizo construir ó reparar, fueron las fortalezas de los Estados de la Iglesia. Entre los trabajos de este género, hemos de mencionar los realizados en Civitavecchia (4), Ostia (5), Cività Castellana, Montefiascone, Forlì (6), Ímola (7) y Bolonia (8); pero al propio tiempo, tampoco se descuidó en manera alguna la construcción de iglesias. Así, no sólo ayudó Julio II para la edificación de las

(1) Schmarsow, *Pinturicchio in Rom*, 82 s. Steinmann, *Rom*, 117. Cf. Gruner, *Décorations des Palais*, planche XIII, 49.

(2) Albertini, 22. Schmarsow, *Pinturicchio*, 22. Reumont, III, 1, 418.

(3) Cf. el prólogo de Plattner para la obra de Gruner, *I freschi della Villa Magliana*. Lipsia, 1847. Sobre las tendencias artísticas de Alidosi, que fué también protector de Erasmo, v. Spinger, 108, y ahora particularmente Klaczko, 288 s., 292 s.

(4) Cf. Burchardi *Diarium*, III, 219 sq. Sanuto, VIII, 23. Ciaconius, III, 241 y el pasaje del *Diarium* de Cornelius de Fine (*Biblioteca nacional de París*), que se halla en el apéndice n.º 131.

(5) Cf. Reumont, III, 1, 519. El embajador de Ferrara da cuenta de más construcciones hechas en Ostia, en una *relación de 30 de Octubre de 1508. *Archivo público de Módena*. Apenas restablecido de una grave enfermedad, en Agosto de 1511, Julio II hablaba de mandar ejecutar construcciones en Viterbo. Sanuto, XII, 482.

(6) Paris de Grassis, ed. Döllinger, 26 (Civ. Castellana), 32 (Montefiascone), 63 (Forlì).

(7) Fanti, *Imola*, 19.

(8) Cf. arriba p. 211. V. también el *breve al marqués de Mantua, fechado en Bolonia el 18 de Diciembre de 1510, en el cual se lee: *Ceterum cogitamus addere arci nostre Bononiae quasdam munitiones in quibus ingenio et arte filii Nicolai Marie Griffoni uti volumus; est enim ut accepimus har. rerum fabricator egregius. Ruégale que le envíe á este hombre. Archivo Gonzaga de Mantua.*